

## I. Apocalípticos y humanistas

La pregunta que inspira este libro podríamos resumirla en si, como decía Charles Dickens, vivimos en el mejor o en el peor de los tiempos (o en las dos cosas a la vez). No cabe ninguna duda de que si comparamos la situación actual de casi cada sociedad con la de hace cincuenta, doscientos o quinientos años, la humanidad ha progresado y continúa haciéndolo en casi cualquiera de los sentidos en los que nos parezca razonable definir el progreso. Por supuesto, este no ha sido de la misma intensidad para todos ni en todas las regiones e, incluso, en algunos lugares habrá muchas personas cuyo nivel de bienestar sea ahora menor que el que tenían sus padres. Pero, en términos generales, las experiencias de mejora a largo plazo superan en una gigantesca magnitud a las contrarias, así que el progreso es, como digo, totalmente innegable en casi cualquier aspecto de la sociedad que elijamos para comprobarlo, ya sea esperanza de vida, mortalidad infantil, crecimiento económico, disminución de la violencia, víctimas de accidentes, años de educación, número de países con regímenes democráticos e, incluso, frente a lo que a menudo

se suele pensar, en las diversas medidas disponibles para el bienestar psicológico.<sup>1</sup> Ahora bien, este progreso se ha llevado a cabo en buena parte gracias a avances tecnológicos y a prácticas sociales que han tenido como «daño colateral» muy graves consecuencias para el resto de los seres vivos y para el propio medioambiente, consecuencias que pueden estar comprometiendo de manera irremediable las posibilidades vitales de las próximas generaciones, si son acertados los pronósticos más agoreros acerca del calentamiento global.<sup>2</sup> Además, numerosas voces apuntan a que no es solo la catástrofe climática (o las graves pandemias, que habría que añadir desde hace unos meses) lo que está llevando nuestra civilización al borde del colapso: es la propia «visión» que los seres humanos tenemos de nosotros mismos, de nuestras relaciones sociales y de nuestra conexión con la naturaleza. Una visión dominante en los últimos dos o tres siglos, que podemos denominar «humanismo ilustrado», y que sería responsable última de los males que nos afectan y que están a punto de dar al traste con el mundo que hemos conocido.

Según el humanismo (o eso se le critica), el ser humano es algo así como el soberano del universo, el único sujeto que posee auténtica dignidad moral, verdaderos derechos y, por lo tanto, libertad, capacidad y legitimidad para poner al resto de la naturaleza a su servicio.<sup>3</sup> Y habría sido

<sup>1</sup> Pinker, S. (2018). *En defensa de la Ilustración. Por la razón, la ciencia, el humanismo y el progreso*, Paidós, Barcelona.

<sup>2</sup> Wallace-Wells, D. (2019). *El planeta inhóspito. La vida después del calentamiento*, Debate, Barcelona.

<sup>3</sup> Harari, Y. (2016). *Homo Deus: Breve historia del mañana*, Debate, Barcelona.

el abuso de esta capacidad de dominio lo que habría desatado, en último término, esta «serie de catastróficas desdichas» que nos están poniendo contra las cuerdas como civilización. La filósofa española Marina Garcés ha resumido recientemente dicha situación con la fórmula nada halagüeña de la *condición póstuma*.<sup>4</sup> En realidad, el panorama intelectual de nuestros días está teñido de un oscuro tono de sospecha hacia ese humanismo que, desde los tiempos de la Ilustración, nos aseguraba un progreso universal y cuasi eterno basado en el conocimiento científico-técnico, en el crecimiento económico y en la democracia. Hoy se sospecha si el capitalismo no habrá herido de muerte el equilibrio medioambiental del que depende nuestra existencia misma como sociedad; si el resto de los seres vivos y, en particular, aquellos animales capaces de sentir, no poseerán derechos al mismo nivel que los humanos y no habremos estado cometiendo con ellos, por tanto, un crimen secular mucho más grave, por su magnitud, que el Holocausto; si la visión del hombre característica del humanismo ilustrado no será solamente una excusa para promover los privilegios de los sectores más poderosos de la sociedad (especialmente los varones blancos y ricos); en definitiva, si no habrá llegado la hora de aprovechar el apocalipsis, cuyo prólogo estaríamos contemplando, para sustituir ese humanismo por una nueva cosmovisión filosófica que oriente de manera novedosa y salvífica nuestras interacciones con las otras personas y con la naturaleza que nos rodea.

<sup>4</sup> Garcés, M. (2017). *Nueva ilustración radical*, Anagrama, Barcelona.

En este libro, me tomo la licencia de referirme como «apocalípticos» no solo a quienes están convencidos de que el fin de nuestra civilización es inminente a causa de un colapso climático (que es el principal *topos* apocalíptico de las últimas décadas, aunque en tiempos no tan pasados el fin del mundo se iba a deber, según decían, a fenómenos muy diferentes), sino también a todas aquellas personas convencidas de que nos encontramos al menos ante un «cambio de fase» muy radical en el curso de la historia humana, un cambio cuya característica más importante será el abandono de ese «humanismo ilustrado» al que se responsabiliza de la mayor parte de nuestros males y, con él, uno de sus hijos más despiadados: el «capitalismo global». La brevedad de este libro tan solo me permite ofrecer un limitado panorama de estas nuevas corrientes apocalípticas, y he seleccionado en particular tres de ellas para centrar mis reflexiones: además de los ya citados agoreros del apocalipsis climático, a quienes dedicaré la segunda parte de este libro, hablaré en las partes tercera y cuarta de los «animalistas radicales» y de los autodenominados «posthumanistas».

En todo caso, no quiero que se tomen mis argumentos como una enmienda a la totalidad del ecologismo y del animalismo. La preocupación por el medioambiente y por las formas en que nuestra actividad económica e industrial ha ido alterándolo es uno de los grandes logros del pensamiento y la política contemporáneas. No cabe duda de que nuestras sociedades son mejores que las de hace un siglo en buena parte gracias a que los movimientos eco-

logistas han conseguido hacer del cuidado del medioambiente uno de los valores más aceptados por la población. De modo similar, los movimientos contra el maltrato a los animales han permitido que se vayan abandonando en gran parte del mundo numerosas prácticas espantosamente crueles a las que se somete a muchos de nuestros compañeros en el árbol de la evolución. Estoy convencido de que la preocupación por ambas cosas, medioambiente y bienestar animal, debe seguir formando parte de los valores que definen nuestra civilización, o de las que vengán después, y no me gustaría que nada de lo que digo en este libro pudiera aprovecharlo alguien para negar la importancia de tales valores ni como un alegato a favor del «negacionismo del cambio climático», por ejemplo.<sup>5</sup> En realidad, *solo criticaré las versiones más extremas del ecologismo y del animalismo*. Por «ecologismo extremo» entiendo el que no solo exagera más allá de lo razonable los posibles efectos negativos de la actividad humana sobre el medioambiente, sino sobre todo el que considera que la única forma razonable de evitar esos daños es que reduzcamos nuestro consumo y producción hasta niveles característicos de sociedades preindustriales, más o menos,

<sup>5</sup> En mi opinión, el golpe de gracia para el núcleo duro del negacionismo climático llegó en mayo de 2019 con la publicación de un estremecedor informe elaborado por alguien tan poco sospechoso de simpatías proizquierdistas como el mismísimo ejército de los Estados Unidos de América. Este informe, titulado «Implications of Climate Change for the U. S. Army» (Col. M. Brosig *et al.*, The United States Army War College), reconoce y analiza los posibles efectos desastrosos para la seguridad internacional debidos al calentamiento global. En: [https://climateandsecurity.files.wordpress.com/2019/07/implications-of-climate-change-for-us-army\\_army-war-college\\_2019.pdf](https://climateandsecurity.files.wordpress.com/2019/07/implications-of-climate-change-for-us-army_army-war-college_2019.pdf)

lo cual exigiría una modificación absolutamente radical de nuestra economía y de nuestras formas de vida. A su vez, el «animalismo extremo» sería el que sostiene que los animales no humanos poseen exactamente los mismos derechos o la misma dignidad moral que los miembros de nuestra especie, y que, por tanto, no solo debemos tratarlos sin crueldad, sino que debemos respetarlos y cuidarlos en todos los sentidos igual que hacemos con las personas, en la medida en que ello afecte a su bienestar.

Tanto el ecologismo extremo como el animalismo extremo comparten con la mayor parte de los autores enmarcados en el posthumanismo (del cual, por el contrario, no tengo reservas en admitir que me parece rechazable en casi todos sus puntos filosóficos fundamentales) la visión de que los problemas que cada uno de ellos denuncia son, en el fondo, problemas morales, causados por «la perversidad intrínseca de los valores humanistas» denunciados desde dichas corrientes. Igual que los milenaristas de los albores del siglo XI o que los creadores de los primeros libros apocalípticos del principio de la era cristiana, los activistas y pensadores apocalípticos de nuestros días están íntimamente convencidos de que la hecatombe que se nos avecina es, por encima de todo, la consecuencia inevitable de «nuestros pecados». Aunque ahora los pecados no se entiendan necesariamente como violaciones de una ley divina, sino como algo muy parecido a la *hybris* ('soberbia' o 'desmesura'), considerada por los antiguos griegos el «pecado capital» de los seres humanos. Es justo esta tendencia, cada vez más omnipresente, a conceptualizar *a priori*

todos los problemas sociales, culturales y filosóficos bajo las categorías de «culpa moral» y «corrección moral» la que me parece nefasta para la libertad de pensamiento, de discusión y de elección política, libertades que son nuestras únicas garantías de encontrar soluciones razonables en el marco de un mundo tan complejo como el contemporáneo. Pues una vez que alguien ha adoptado una posición o una creencia como la única compatible con las virtudes éticas, todas las críticas que se le hagan las verá como ataques morales en vez de como oportunidades para el diálogo. Y a los oponentes los verá como enemigos en vez de como personas con puntos de vista legítimamente distintos a los suyos. Si tuviera que seleccionar un solo mensaje de entre todos los argumentos que presento en esta obra para que perdurase en la memoria de los lectores, sería el de que *la única actitud racional ante un debate que se refiere a asuntos dominados por la incertidumbre y la complejidad es la de no aferrarnos con demasiada vehemencia a nuestras convicciones morales*, sean estas las que sean. Por este motivo, me ha parecido útil dedicar el resto de esta parte introductoria a presentar muy sucintamente las líneas generales de ese «relativismo ético» que me parece el más apropiado en el mundo contemporáneo; un relativismo que no consiste en estar convencido de que «todo da igual», sino en ser consciente de la «relatividad» de los valores de cada uno, de la «falibilidad» de nuestros argumentos y principios éticos, y de que a menudo conviene que relativicemos la importancia que cada uno le da a cada cosa. Soy consciente de que las personas para las que

una firme convicción moral es algo valiosísimo e imprescindible tienden a sentirse más ofendidas por alguien que les quita importancia a dichas convicciones que por alguien que simplemente tiene las convicciones contrarias, aunque igual de firmes: a la gente le suele indignar que otros «relativicen» sus aspiraciones y sus creencias. Pero dejar de hacerlo «por no molestar» es el camino seguro hacia un mundo poblado por fanáticos.